

# Jeromin

10 cts.

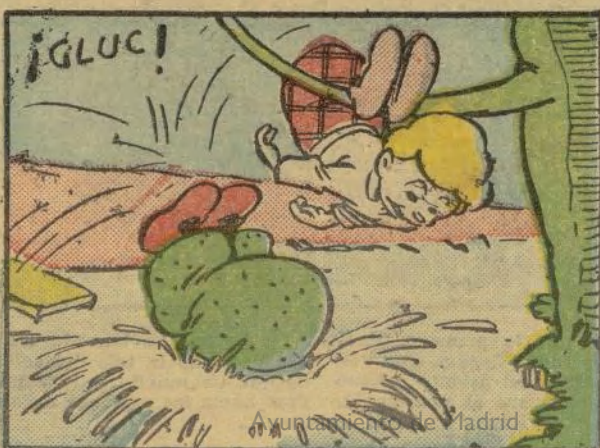
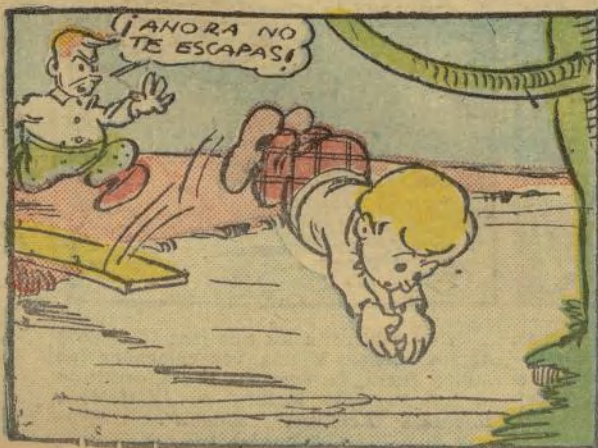
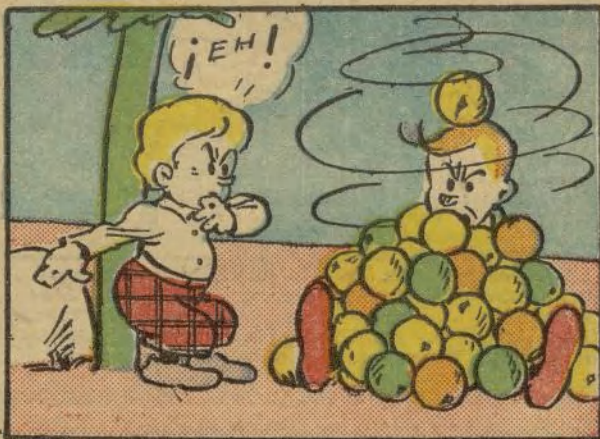
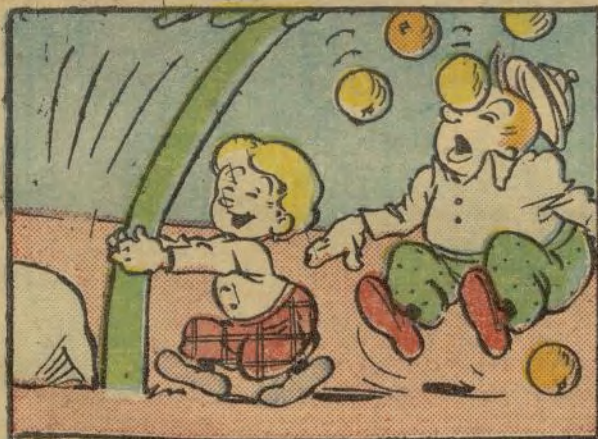
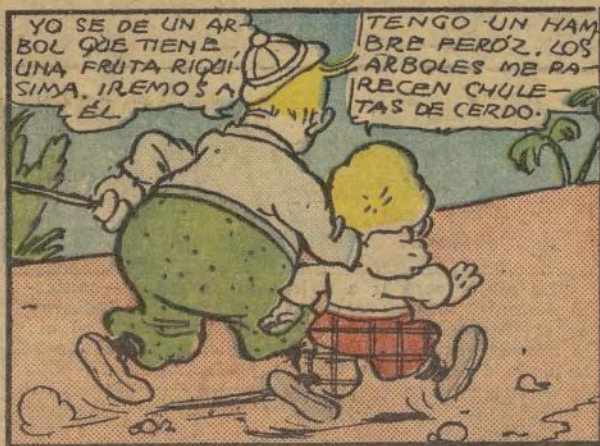
AÑO VI.—NUM. NUM. 329

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)  
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

29 de agosto de 1935



## LAS FAMOSAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN





Resumen de lo publicado.—Antonio es un huérfano que trabaja en el circo Smith, y es amigo de Margarita, la hija del dueño, que ha sido encargado de las fieras del señor Hunter.

## COMPANEROS DE CIRCO



Después de haber hablado algunos momentos con Estrella, ésta se despidió, recomendándoles que fueran a visitarla. Apenas los dos jóvenes doblaron la esquina de la finca del señor Hunter, vieron que un sujeto mal encarado saltaba la tapia.



“¿Qué vendrá a hacer ese individuo?”—se preguntó Antonio—. “¡Tengo que averiguarlo! Quédate aquí, Margarita, mientras yo voy a interrogarle.” Pero cuando el desconocido advirtió que Antonio le seguía, echó a correr y se perdió entre la maleza.



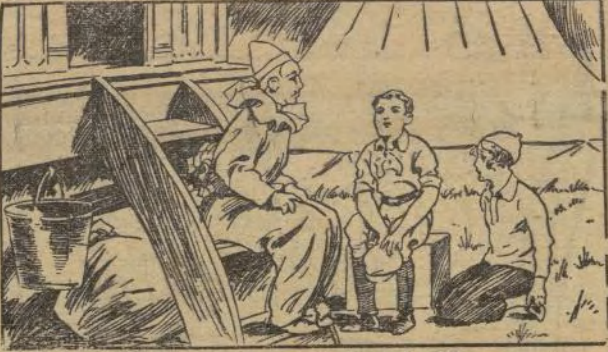
Antonio regresó a reunirse con Margarita y juntos entraron en el parque. “¿Qué le pasa a ‘Héroe’?”—exclamó la joven al pasar delante de la jaula de uno de los leones del señor Hunter—. “¡Parece que le duele algo! ¡Con tal de que no esté enfermo!”



“Lo mejor será ir a avisar al domador”—contestó Antonio. Ambos fueron a buscarlo y lo hallaron en el entoldado. El buen hombre desfalleció al oír la novedad que Antonio le comunicaba. “¡Cuando le he dado de comer, se hallaba perfectamente!”—dijo.



No había ya duda de que “Héroe” se hallaba enfermo, y, a pesar de todos los esfuerzos del domador, el infeliz animal murió antes de la función de aquel día. Margarita se emocionó con la desgracia y fué a comunicársela a Antonio y a Joey.



“¡Ha sido una gran contrariedad!”—comentaba Margarita a la puerta de su carromato—. “Antes tuvimos malo a ‘Lucero’ y ahora muere ‘Héroe’. ¿Qué sucede aquí?” Joey respondió moviendo la cabeza: “Algo grave; y yo lo descubriré”.



Cuando Antonio comunicó al viejo “clown” el incidente del hombre de mal aspecto que saltaba la tapia del parque del señor Hunter, Joey se quedó pensativo y replicó: “No sería extraño que ello tuviera relación con las cosas que aquí pasan...”



Una exclamación de Margarita le interrumpió. “¿Qué sucede?” Tras un momento de silencio, Joey respondió: “Alguno de los elefantes gruñe irritado. Algo les han hecho...” Y echó a correr hacia donde se hallaban los proboscídeos. (Continuará.)

## DON BONIFACIO Y MANOLIN



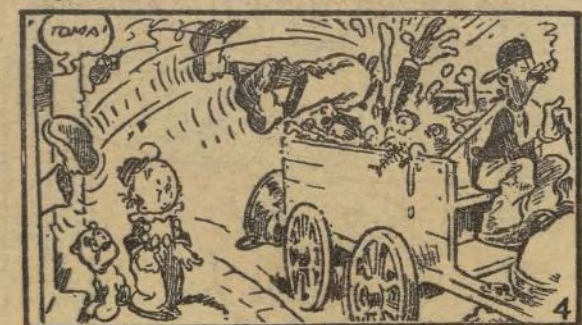
Manolín ha salido a dar un paseito a su ratón mecánico, al que sigue un “chuchó” con intenciones poco tranquilizadoras.



En el preciso momento en que el perrito se tragó al ratón llegó el bonachón de Don Bonifacio, que se dispuso a llevar el can al veterinario.



Y mientras Don “Boni” explicaba prolijamente el caso al veterinario, el perro logró, por fin, expulsar de su estómago al ratón.



El señor veterinario era casi tan bestia como sus pacientes, y creyendo que Don “Boni” le había tomado el pelo “le rogó saliera a la calle”.



En su afán por complacer al iracundo albéitar, Don “Boni” había ido a parar a un carro de basura que le paseó triunfalmente.

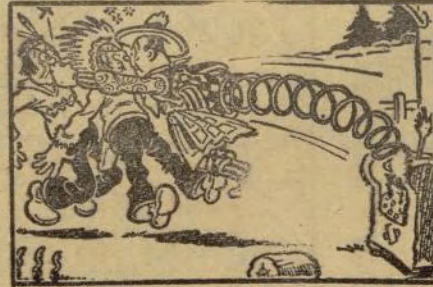
## AUNQUE ERAN DOS CONTRA UNO, “TOM” SE VENGO DE “ACEITUNO”



De nuevo el indio “Aceituno” quiere hacer blanco de su envidia y de sus flechas al simpático Tom, que leía JEROMIN sin sospechar el peligro que corría.



Pero antes de que la primera flecha lanzada por “Aceituno” llegara a su destino, Tom se levantó del asiento y aquella fué a clavarse sobre el mullido butacón.



La flecha iba lanzada con tal fuerza, que destruyó la tela del asiento, haciendo que un muelle saltara y empujase a Tom hacia las regiones nasales de “Aceituno”.



...y su esbirro, a los que mandó al país de los sueños. Y una vez colocados los indios fuera de combate, Tom continuó la interrumpida lectura de JEROMIN, mientras “Aceituno” “soñaba”.





**Resumen de lo publicado.**—Martin es un huérfano, que, después de varias peripecias, se queda a servir al señor Gale, propietario del castillo de los misterios. Con la sobrina de éste, llamada Margarita, es perseguido una noche por Silas Snagge y el capitán Morgan. Ambos huyen por un canal subterráneo, contemplan un submarino misterioso y ven aparecer en una barca un hombre encapuchado.



Por algunos momentos Martin y el encapuchado lucharon a brazo partido en el fondo de la barca, hasta que, rápidamente, el misterioso desconocido pudo desasirse y ponerse de pie. Martin se incorporó también y se abalanzó sobre su adversario; pero éste, de un violento empujón, lo derribó de nuevo.



Cuando el muchacho quiso volver a la lucha, el encapuchado blandió un revólver, que había sacado de su amplio ropón, y apuntó con él a Martin. "Ahora te vas a estar quietecito o lo vas a pasar muy mal, joven"—le dijo en tono amenazador.



Luego el de la capucha se volvió hacia Margarita, que había estado contemplando con ansiedad la lucha de Martin con el misterioso desconocido desde las rocas, y le ordenó: "Usted también, señorita, entre en la barca."



Cuando Margarita hubo tomado asiento en la barca, su raptor empuñó los remos y se alejó de las rocas. "¡Tened presente!—les dijo a los dos jóvenes—que no debéis intentar ninguna treta, o lo pasaréis mal!"



Ninguna otra palabra volvió a dirigirlas el enmascarado mientras remaba. La barca se encaminó hacia una oscura caverna, y fué a atracar junto a una saliente roca, de la que arrancaban los peldaños de una escalera.



Cuando llegaron, la embarcación se detuvo, y el hombre del disfraz señaló los escalones: "Por ahí llegaréis al castillo, y cuidado con decir una sola palabra de lo sucedido." ¡Marchaos pronto!"



Cuando los muchachos desembarcaron, el enmascarado manejó de nuevo los remos y se alejó. Entonces Margarita preguntó con inquietud: "¿Sospechas quién puede ser ese hombre?" "Sí: es el capitán Morgan. He visto el gancho de acero que lleva en sustitución de su mano izquierda."



"Ahora quisiera saber cuáles son sus propósitos"—añadió. Y después de haber estado contemplando algún rato cómo se alejaba el desconocido hacia el interior de la caverna, comenzaron a subir por las escaleras, sujetando Martin a Margarita para que no cayese.



Cuando al fin llegaban cerca del castillo, Margarita se detuvo repentinamente, y señalando a lo lejos con su mano, dijo con voz temblorosa: "¡Mira! ¡Mira, Martín! ¡El hombre enmascarado! ¿Cómo habrá podido llegar aquí tan pronto?" Martín no sabía qué responderle.

**El próximo jueves os enteraréis de muchas cosas sorprendentes que pasan en esta emocionante historia.**

## CUENTO LOS TRES PRINCIPIES



Nicolás XVI era un buen rey y un buen padre. Su esposa era asimismo buena esposa y buena madre, y los tres hijos, las princesas Ana y María y el príncipe Adolfo, eran tres buenos príncipes y amantísimos hijos.

Todo, por lo tanto, estaba dispuesto para que Nicolás y su familia fueran felicísimos, pero... aquí está el pero; el rey, esposa e hijos gastaban y gastaban sin tino. Eran unos verdaderos derrochadores tanto, que bien pronto dejaron exhaustas y sin un solo céntimo sus arcas privadas y las del tesoro público.

Cuando se hubo disipado el último cupróniquel, el príncipe Adolfo expresó su deseo de marchar por el mundo a buscar fortuna, y Nicolás XVI le dió solemnemente su bendición, que era lo único que podía darle.

Partió el príncipe en busca del vellocino dorado, y las princesas se quedaron en espera de un caballero valeroso y con dinero que se casase con ellas y les quitara de pelar patatas, que era a lo que habían quedado reducidas; reducidísimas, mejor dicho.

El buen rey, para mitigar su pena y para ver si se descuidaba algún conejillo, solía salir de caza al bosque. Aquella tarde los conejos y las perdices brillaban por su ausencia, y Nicolás, sin apercibir-

se de ello, fué adentrándose en lo más intrincado del bosque, donde sandalia alguna había pisado jamás.

Desorientado, el hombre trataba de buscar el camino de su palacio, cuando un feroz gruñido le hizo estremecerse. Rápidamente montó su arco, pero sin darle tiempo a defenderse, cayó sobre él un oso de gran tamaño, que le derribó y le hizo morder el polvo bajo sus zarpas.

Nicolás, oprimido por las patas descomunales, apenas podía respirar, mas haciendo un esfuerzo supremo, exclamó:

—Oh tú, oso magnánimo, ten piedad de



este pobre padre de familia que jamás hizo daño a nadie, y déjame marchar en paz hacia mi casa. Ten en cuenta que soy viejo y mi carne poco puede alimentarte.

El oso aflojó las zarpas un tanto, y con gran asombro del monarca, habló:

—No es mi intención hacerte mal, si tú accedes a mi deseo, que es el de casarme con tu hija, la princesa Ana.

El buen padre se estremeció. —¿Cómo pretendes, amado oso, que tal cosa pueda realizarse?

El oso apretó más las zarpas hasta hacer crujir las costillas de su prisionero.

—Si no me concedes tu hija, no saldrás vivo de aquí; en cambio, si accedes a dármele por esposa, te dejaré como regalo un arca llena de monedas de oro.

El pobre padre que se sentía asfixiado por el peso de las patas, no tuvo más remedio que consentir en lo pedido, y así se lo hizo saber al oso, que al instante dejó en libertad, al tiempo que le recomendaba:

—Esta noche la princesa Ana estará sola en la terraza de tu palacio. Yo iré por ella.

Así lo hizo Nicolás, que, con lágrimas en los ojos, depositó a la bellísima princesa en la terraza. A la mañana siguiente, apenas salió el sol, subió el rey a la azotea con la sana esperanza de que su hija aún estuviese allí; pero fué en vano. La princesa había desaparecido, y en la terraza sólo se vislumbraba un gran arca lleno de relucientes monedas.

Desapareció la alegría de casa de Nicolás XVI, y desaparecieron bien pronto las monedas del oso, pues de ser derro-

chones no se habían corregido. Así es que, poco después, nuevamente quedó la egregia familia sin dos perras gordas, y de nuevo tuvo el arruinado monarca que buscar en el bosque algo que freír en la sartén.

Pero escarmentado por su anterior aventura, no volvió a cazar jamás, y era en la pesca donde distraía sus ocios.



Estaba una tarde llorando la suerte de su desventurada hija y echando la caña y el anzuelo al mismo tiempo, pues lo cortés no quita lo pescador, cuando de pronto la barca en que el hombre se hallaba osciló lamentablemente, fué levantada con brusquedad por la popa y el rey cayó entre la doble hilera de dientes de un pez monstruoso, mayor que un tiburón y con negras y afiladas escamas en todo su cuerpo.

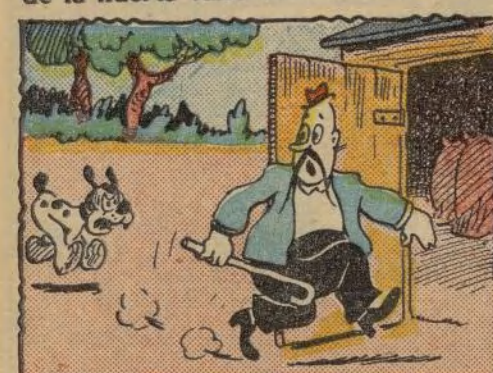
(Continuará.)



# DON SEVERO AVENTURERO



Paseaba don Severo y le llamó la atención un hermoso peral. El perro de la huerta salió corriendo tras de él, y don Severo, al verse perseguido, se metió en una caseta para defenderse. El dueño, que se había dado



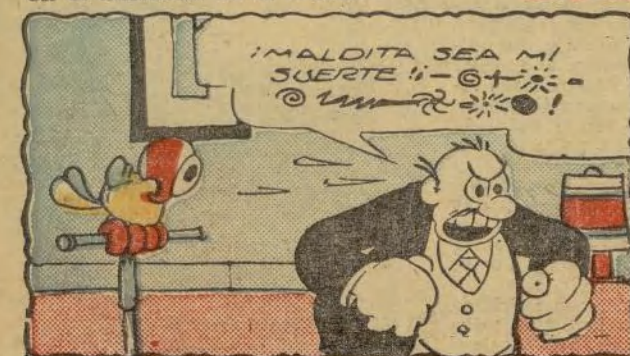
él, y don Severo, al verse perseguido, se metió en una caseta para defenderse. El dueño, que se había dado



cuenta, cerró la puerta por fuera y dijo: "Te voy a tener encerrado dos horas, por ladrón". Cuando, pasado



el tiempo, abrió la caseta, se encontró con esta escena. ¡Sin acordarse, había encerrado a don Severo en el almacén de la fruta...!

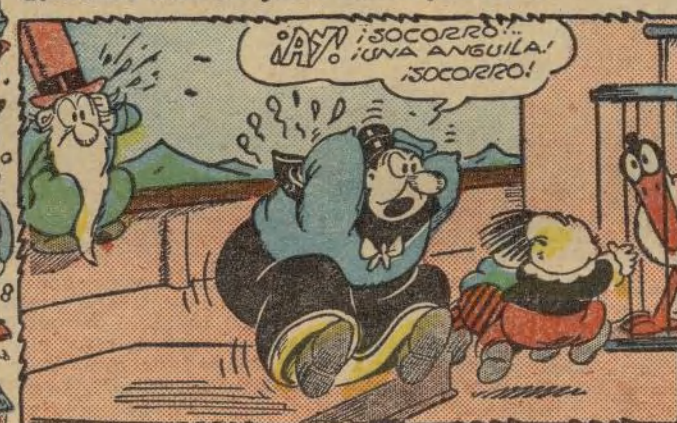


El amo de la casa adonde habían llevado a Laura, comenzó a renegar, jurar y maldecir cuando vio la cotorra.

# HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



La paz se había enseñoreado del buque. El capitán Chito enseñó a Terre-Moto a la mascota del barco, un avechicho más feo que insultar a un tío carnal; la mascota se llamaba Felipa, y, por lo visto, su debilidad eran los peces recién pescados.



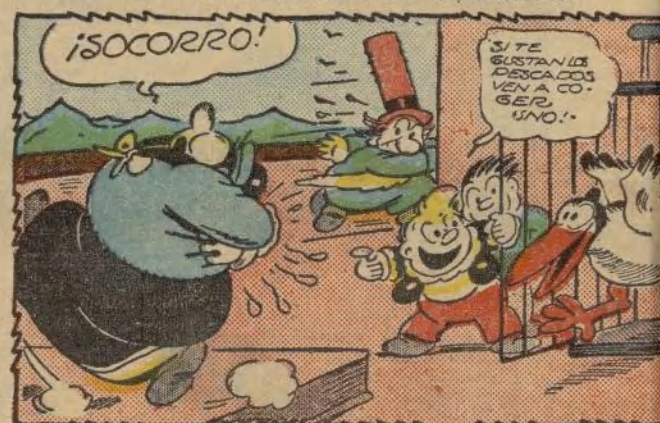
Pero el barbo, que por lo visto tenía intenciones sangrientas, siguió ganando terreno en las profundidades de mamá Tecla, y Barba-Cana comprendió que si la respetable señora se daba cuenta de quién había sido el pescador, iba a encarecerse el árnic.



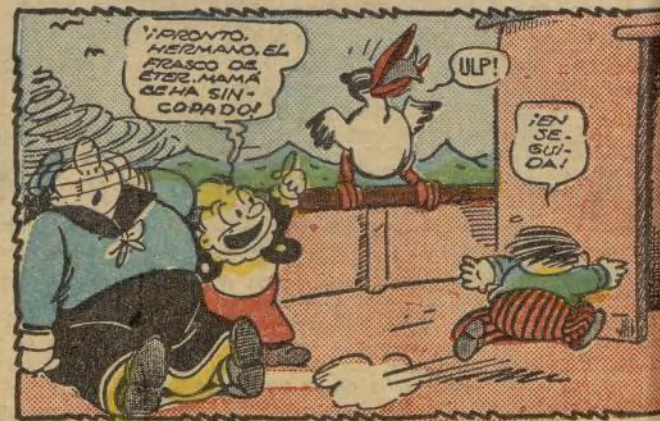
Por fin pudo Felipa dar un picotazo certero y extraer el barbo que, con tanto jaleo, había salido afeitado, y mamá Tecla cayó ya decididamente "k. o." sobre la cubierta del buque, que era quien, por primera vez veía hincar el pico a la heroica dama.



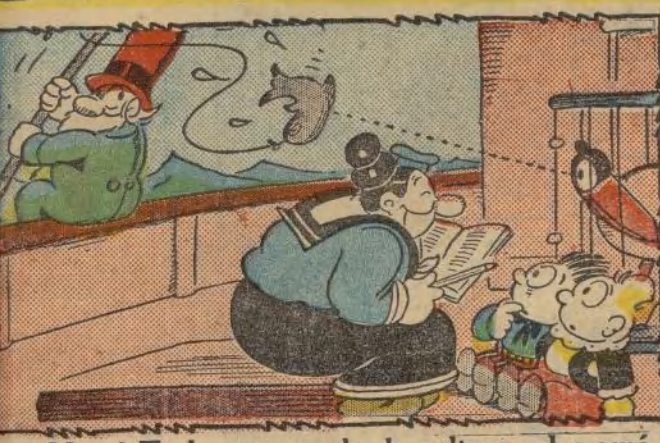
Mamá Tecla se había instalado en el barco como si fuese su casa, y el inspector se dedicaba a la pesca de la trucha, modalidad en la que era campeón y en pescar salmonetes a lazo y sardinas en lata en los establecimientos de comestibles.



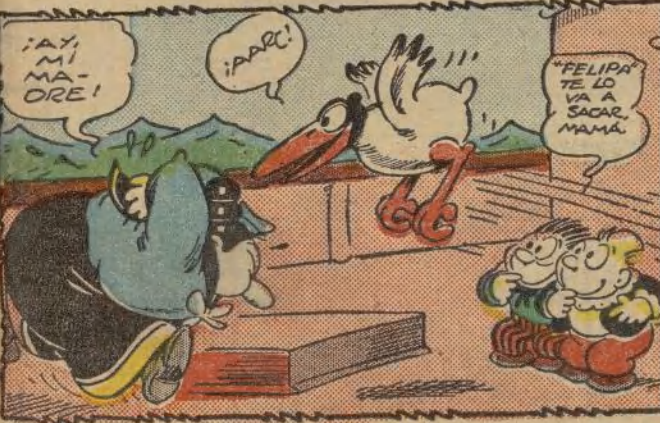
Aquello era mucho más horrible que una película de "malos" y "buenos", y Tarugo y Perdigón, comprendiendo que allí había que hacer algo, abrieron la puerta de la jaula de la Felipa, que salió chillando con las patas y dando zancadas con el pico.



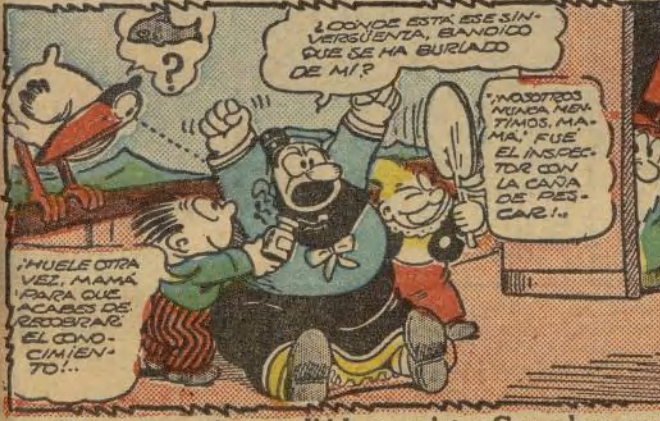
Mamá Tecla cayó toda desmayada, lanzando unos suspiros que parecía una ballena con dolor de estómago, en tanto que los pilletes le abanicaban, le hacían oler éter y le mordían la punta de la nariz para que recobrase el conocimiento.



Mamá Tecla, que amaba la cultura y los espárragos en aceite, se dedicaba a enseñar a sus hijos la tabla de dividir, dándose golpes en la tabla del pecho, en el instante en que el inspector pescaba un barbo, que hizo suspirar de gusto a la Felipa.



Ver la Felipa a mamá Tecla y lanzarse a todo gas por el barbo, fué visto y no visto, mientras que los pilluelos le animaban: "¡Anda, preciosa, dale un bajonazo! ¡Duro con él, so... volátil! ¡Mi tía, la va a lisiar!"



Poco después sucedió lo previsto. Cuando mamá Tecla recobró el poco conocimiento que tenía, lanzó un alarido de rabia, que hizo tambalearse el palo mayor del barco, y luego dijo a grandes voces que se iba a hacer un refresco con la sangre del inspector.



El barbo vino a caer entre la blusa de la dama, y comenzó al instante a bailar "La Carioca". "¿Qué es esto?—rugió la fiera madame—. ¿Quién es el asesino que me ataca por la espalda? Que me suelten pronto o echo a pique el barco de un puñetazo."

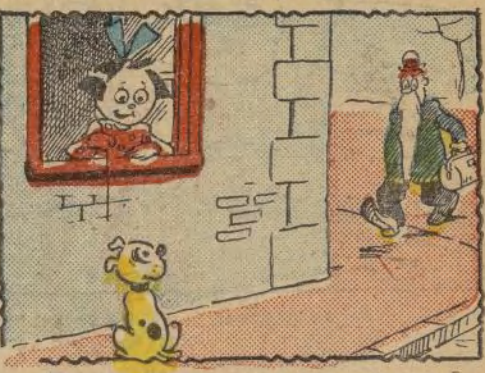


La Felipa, que, como ya sabéis, se sucumbía por los pescados, comenzó a picotear en lo profundo del alma bohemia de mamá Tecla, que, la pobre, con todo aquel trajín, estaba a punto de entregar su alma y morirse todita entera.

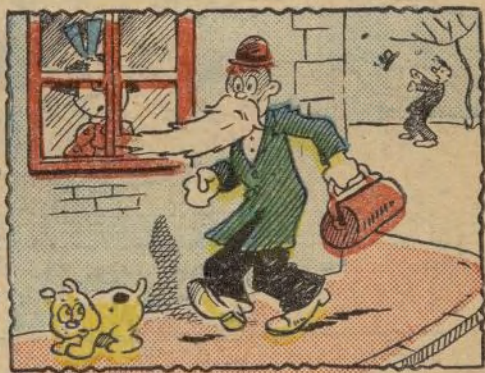


Y los asustados marineros pudieron comprobar que las furias, las panteras, las leonas, los mosquitos de trompetilla y los taxímetros, tenían intenciones de niño de mantillas comparadas con las ideicas de mamá Tecla, que juraba descuartizar al inspector. (Continuará)

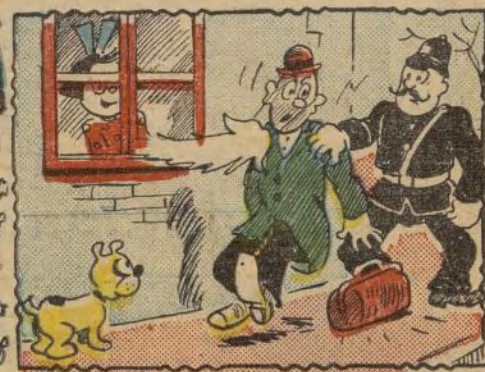
# TERESA NINA TRAVIESA



Estaba Teresa en su ventana jugando con un perrito, cuando vió que se acercaba un tipo raro, con unas



barbas muy largas. Un golpe de viento impulsó las barbas hacia la ventana, las cuales pilló Teresa con las vi-



drieras al cerrar, asustada. El tipo trató de huir, pero no lo consiguió porque, preso por su propio disfraz,



dió lugar a que llegase un guardia que le seguía por sospechoso. Teresa fué felicitada y propuesta para una buena gratificación.

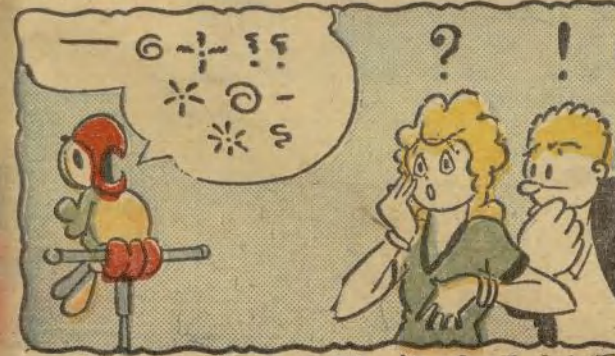
# Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Y, mientras tanto, la hermanita agradecía a su hermanito el que le hubiera regalado tan lindo pajarito.



"¿Sabe hablar?" "¡Oh, ya lo creo! Sabe decir cosas lindísimas que yo le he enseñado." "Vámonos a oír." "Vámonos."



Y al entrar en la habitación donde estaba Laura, la oyeron soltar de carrerilla todas las interjecciones recién aprendidas.



"Vete de mi presencia, sinvergüenza. ¿Has sido esto lo que has enseñado a ese inocente pájaro? ¡Vete y no vuelvas!"



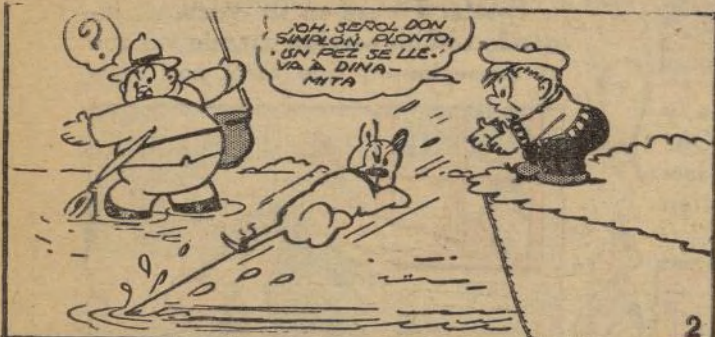
Y el hermanito se dedicó, desesperado, a pensar en la manera de penetrar y asesinar a Laura. ¿Lo conseguirá?



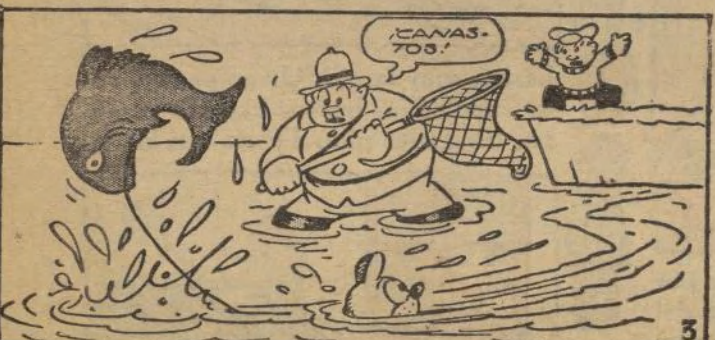
# • DON SIMPLÓN Y DINAMITA •



El señor Simplón no pesca ni una lata de sardinas. Vamos a global nosotros. Yo soy el pescador y tu labito es la caña. Mucho ojo y a vel lo que se pesca.



¡Mi respetable familia! Sujétate fuerte, Dinamita! ¡Socolo, don Simplón, que habemos pescado un tibulón. Cola usted, que se tloga a la pelita.



Dulo con él, señor. Echelo el guante, echele el anzuelo, échele la lec, échele...! Echate tú de cabeza y no seas bestia ni chilles tanto, niño.



¡Ya está! ¡Ya lo tiene! ¡Es ustel más glande que Malcial! ¡Sujétese bien y vamos con él, y olé y olé; pero qué bien y qué fetén! ¡Que no se menea!



Es ustel el sil plus ulta de los pescadores. Ya tenemos para cenal dos meses. Nos vamos a hinchal. Cállate y dame la mano, niño, que me voy a dar el morrón.



Aquí tiene usted nuestra pesca. ¡Oh, qué hermosura! Voy a proponer que les den la Medalla del Mérito Acuático. Oiga, ¿no nos podían dal mejol un plato de aloz con leche?

# • LA BUFANDA DE MIKITO •



El bestia de Elefantón la tenía tomada con Mikito, al que continuamente pegaba.



Como siempre que "cobraba", Mikito se quedó lleno de tristeza. Elefantón reía, chulón.



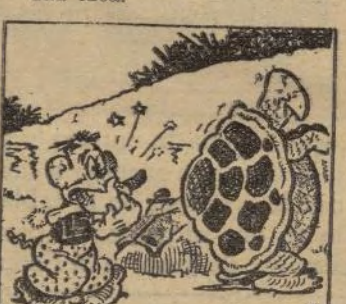
De pronto Mikito vió a un sujeto gordo, fumando, que, sentado de espaldas, le sugirió una idea.



La idea era sencillamente hacer con él lo propio que Elefantón hizo con su personita.



El golpecito que Mikito propinó al sujeto gordo, fumando y sentado de espaldas, le hizo...



...ver la Osa Mayor, ya que el sujeto paciente era una gigantesca tortuga.



La venganza de la tortuga consistió en poner en remojo a Mikito, que no sabía si tenía mala mano o mala pata.



Las dos cosas eran ciertas, pues sin que aun se le hubiese pasado el dolor de la mano, llega Elefantón y...



...creyendo que Mikito se había bañado en el río, cosa que estaba prohibida, lo detiene y lo arrastra sin compasión.



Pero durante el viaje, se enganchó hábilmente de la garrota de Elefantón, en la que dejó la bufanda.

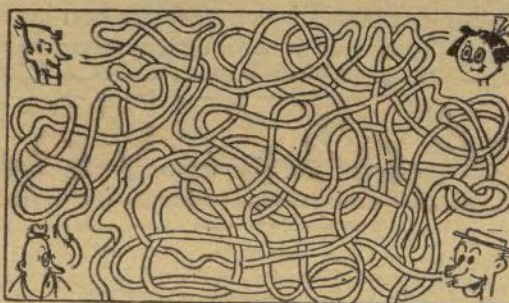


Y cuando éste llegó ante el guarda mayor le da cuenta de que ha capturado a un bañista frescales. Pero...



Pero ved qué final tan bonito, cuando el jefe creyó que Elefantón le había querido tomar los rizos.

# • PASATIEMPOS •



De estos cuatro personajes dos de ellos sostienen una misma cinta. ¿Quiénes son los dos?



Esta jovencita va con su papá y se han encontrado con un amigo. ¿Dónde está el papá?

## SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Este es el dibujo en silueta que resulta al rellenar los espacios señalados con un punto.



Las flechas os indican dónde están la esposa y la suegra de ese señor que, al parecer, iba solo.



# Andanzas de Miguelín

## EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

RESCATADA  
POR LOS AERES



"Los bandidos se han apoderado de Maruja y se la llevan secuestrada, en revancha por la captura de uno de los hombres de su cuadrilla"—pensó Miguelín al ver a su amiga entre dos jinetes—. "Si tuviera aquí mi caballo, los seguiría."



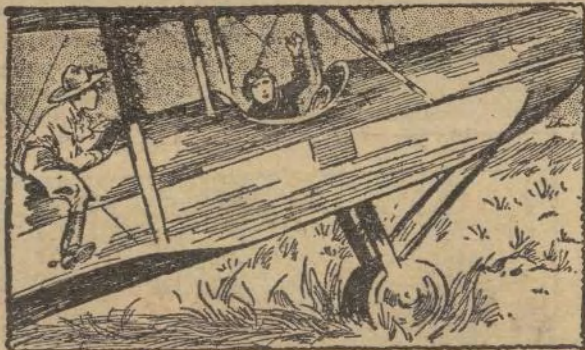
"Tendré que correr a la granja a pedir auxilio." Mientras tal pensaba, oyó el zumbido del motor de un aeroplano. Mirando en la dirección de donde venía vió que un aeroplano del Servicio de vigilancia de bosques se aproximaba.



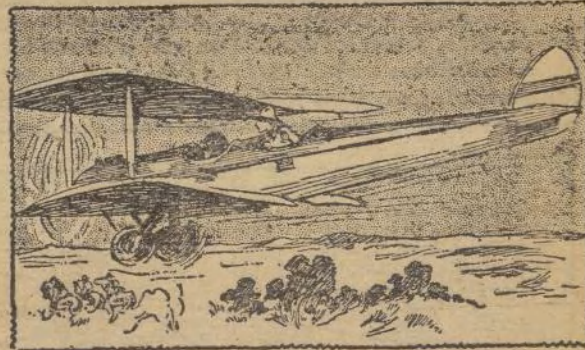
"Tengo que llamar la atención del piloto"—se dijo Miguelín—. "El es el único que puede ayudarme a rescatar a Maruja." Y trepando agilmente a un árbol colocó su sombrero en la punta de una rama y agitó los brazos en el aire.



El piloto reparó en la persona que le hacía señales desde aquel árbol solitario, y, describiendo círculos en torno de él, aterrizó cerca. Miguelín saltó a tierra y se dirigió hacia el aparato. El piloto le miraba extrañado.



"Unos bandidos han raptado a la hija del señor Randall"—exclamó Miguelín cuando se acercó al avión—. "¿Usted podría ayudarme a rescatarla?" "¡Encantado, muchacho!"—respondió el piloto—. "Monta en el asiento posterior."



El motor seguía roncando, y tan pronto como Miguelín se hubo instalado confortablemente, el piloto puso en movimiento el avión y se remontó por los aires. Pocos minutos después descubrieron a los bandidos que huían con Maruja.



Entre el estrépito del galopar de caballos, Maruja y sus acompañantes oyeron el zumbido del aeroplano. "¡Mira lo que viene por allá, Jake!"—dijo uno de los malhechores a su compañero—. "¡La Policía nos persigue! ¡Suelta a la muchacha y huyamos!"



Ambos bribones picaron espuelas a sus caballos y se alejaron a galope por la pradera, mientras Maruja se detuvo a esperar al aeroplano, que aterrizó pronto cerca de ella. "¡Es Miguelín!"—exclamó aún antes de reconocerle.



Miguelín y el piloto avanzaron hasta donde se hallaba la muchacha, que había echado pie a tierra. "¡Oh, Miguelín! ¡Qué contenta estoy de verte!"—exclamó Maruja—. "¡Da las gracias al piloto!"—le contestó el muchacho—. "¡El te ha salvado!"

No dejéis de leer el próximo jueves la emocionante aventura de Miguelín, titulada "El paracaídas"

## EL PERRITO VAGABUNDO

El perrito "Pelanas" está atravesando una crisis agudísima. Los asuntos se le ponen mal y no ve solución posible. Hoy piensa hacer un supremo esfuerzo y dedicarse a trabajar.



Mientras paseaba por la calle, sostenía en su interior un lucha entre su estómago y su afición a la holganza. Esta exigía ser reina y señora, y aquél exigía un cocidito.



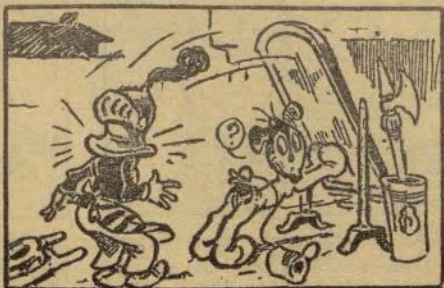
En tanto que la lucha intestina y estomacal continuaba, "Pelanas" llegó ante la tienda de un anticuario y se contempló ante un espejo. En este momento llegaba el "Persianas"...



...con un jamón, una lata y unas intenciones feísimas. Pero el "Persianas" no contaba con que la faena que estaba haciendo al perrito era contemplada por éste reflejada en la superficie del espejo,



El perrito dejó que "Persianas" terminase de atacarle al rabo la lata, y acto seguido concibió y puso en práctica su plan de venganza. Para ello dió un empujón al espejo.



Este, al girar sobre sus soportes y dar la vuelta de campana, tropezó con un casco y le lanzó al espacio. Todo iba saliendo conforme lo había imaginado "Pelanas".



No se sabe si el "Persianas" descendía de algún bravo guerrero; lo que sí se sabe es que el "Pelanas" consiguió convertirle en una especie de buzo de agua dulce.



Y así fué como terminó la lucha interior del perrito, ya que su afición a la holganza y su exigente estómago vieron cómo sin esfuerzo "Pelanas" se adueñaba de un jamón.





# ANDANZAS DEL GATO FELIX



En aquellas regiones el frío se dejaba sentir más de la cuenta, y como Félix notase que le estaban sacando sabañones hasta en las rodillas, fué a buscar a los enanitos, pero éstos le dijeron que ellos también eran dos mantecados, pues Malos Pelos acaparaba toda la leña.



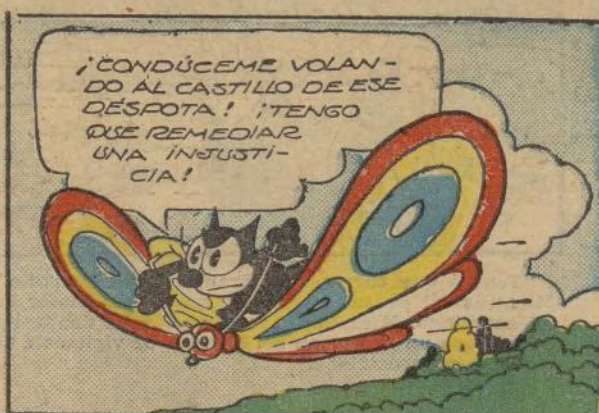
Desesperado, ya iba a darse con la cabeza contra la pared y aplastarse una oreja, cuando tuvo la suerte de "guipar" la bolsa donde Malos Pelos guardaba el tabaco, y, rápido como un cohete verbenero, Félix pensó que aquel tabaco sería un excelente combustible.



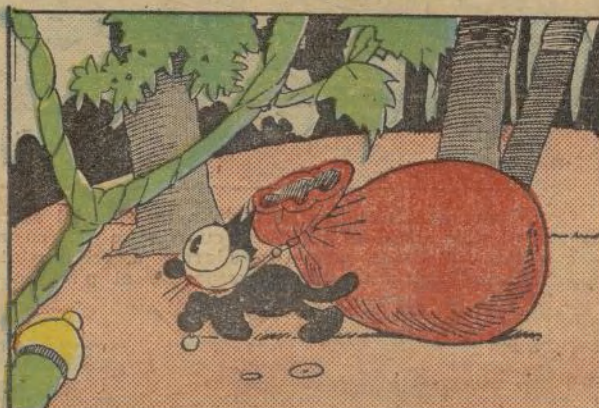
Y, al amor de la lumbre, los enanitos y Félix fueron felices y se pusieron calentitos, como las castañitas que venden en el invierno. Los enanos decidieron nombrarle "enano de honor" y darle la oreja del primer enano que hiciera algo feo.



Y el Destino, que en esta ocasión parecía ser primo hermano de Malos Pelos, le condujo hasta la casita de nuestros amigos, y bien pronto al gigantón, que tenía una pituitaria como un autobús, le dió el olorcillo a tabaco que salía por la chimenea.



Félix, el reparador de injusticias, decidió, si no reparar aquella, por lo menos ponerle una rueda de repuesto, y, montando en un extraño taxímetro, le condujo en dirección al castillo del gigante, pensando que pronto iba a haber leña para todos.



Como tenía la suerte con el tupé enfrente de sus narices, nuestro gatín consiguió escapar del castillo sin detrimento de su pelleja, y atravesó el bosque arrastrando la bolsa de tabaco y pensando en la alegría que iban a tener los duendecillos.



A todo esto en el castillo de Malos Pelos se desarrollaba un drama mucho más hondo que un pozo artesiano. El gigante buscaba su tabaquera, y el no encontrarla le ponía más nervioso que un filete de cadera, y ya estaba "mosca" perdido.



Y sin vacilar un recluta de segundo, que es igual a un quinto de segundo, el miserable gigantazo arrancó la casa de sus cimientos, igual que si la linda casita fuera un emboquillado de a peseta, y haciendo entrar en barrena a los habitantes de la mansión.



Como ya conocía el castillo mejor que la palma de su garra, se coló en la sala de Malos Pelos con ánimo de no dejarle leña ni para un palillo; pero... le había engañado la viscera cardíaca, pues con aquellos leños no podían sus fuerzas.



Media hora más tarde, en el hogar de los helados y mantecados duendes, ardía un hermosísimo fuego, gracias al tabaco del gigante, que irradiaba más calorías que una locomotora. Verdaderamente que Félix era un gato con meollo—¡vaya palabrita!



Como no era cosa de fumarse la pata de la mesa, Malos Pelos salió de su castillo, encaminándose a la ciudad de los duendecillos, a ver si con el paseo se le pasaban aquellos deseos atroces de fumarse aunque fuera un poste de telégrafo.



Y mientras Malos Pelos se alejaba fumando y bebiendo entre dientazos "La Bejarana", los enanitos comprobaron que se habían quedado sin casa, y Félix juró por la conservación de sus bigotes que se vengaría del odiado gigante.

(Continuará.)